

CAPITULO IV.

Agonías.

De intento nos hemos ceñido en esta última parte de nuestra obra, á lo que el Evangelio nos refiere, porque nunca como en estos momentos habíamos experimentado la pobreza del hombre, cuando quiere describir el último período de la obra de la redencion. Convencidos, pues, de la plenitud de nuestra ignorancia y de nuestra impotencia, á medida que la hora del sacrificio se acerca, seremos mas parcos, mas sobrios, mas circunspectos; nos concretaremos, pues, á la relacion de los sagrados evangelistas. Es lo único que podemos hacer para acabar esta obra, pues, si no fuera así, habríamos de dejarla incompleta, porque, repetimos; la grandeza del asunto anonada al autor, le quita las débiles fuerzas intelectuales que tiene, y le produce el vértigo.

El malvado pueblo judío, que acudiera á presenciar la muerte del Redentor, cubria poco menos que toda la montaña del Gólgota, y miraba con la satisfaccion del iracundo que acaba de vengarse atrozmente, al divino Mártir, que desde la cruz se ofrecia por todos, como víctima espiatoria, á la inmutable justicia del Padre celestial.

El aspecto que presentaba la naturaleza era espantoso, era aterrador. La luz del sol iba extinguiéndose como la

de una lámpara que se apaga; los elementos empezaban á desencadenarse con furia inaudita; el cielo presentaba un aspecto pavoroso, y las flores que empezaban á cubrir la tierra, marchitábanse como si acabara de pasar sobre ellas el sopló del bochorno de julio.

Si los judíos hubieran sido capaces de aterrorizarse por alguna cosa, á buen seguro que el aspecto de toda la naturaleza hiciérales estremecer; pero aquellos malvados embriagados por su infinito crimen, no se fijaban en nada, á nada atendian mas que á su espantosa maldad.

El infierno les tenia cegados; el deicidio convirtiera su corazon en piedra; nada hablaba para ellos fuera de la rabia que les agitaba; no sentian otras voces que la de su infernal rencor; no entendian otros acentos que los de su ira implacable.

Por esto apenas vieron enclavado en la cruz al Redentor divino; por esto apenas vieron la cruz levantada en el aire, y los soldados romanos lavándose con una esponja los brazos ensangrentados, acercáronse al madero de la redencion los mas protervos y audaces para insultar la agonía de Cristo, mientras que otros menos atrevidos, pero no menos maliciosos, hacian lo mismo mirándolo de léjos, y á la débil luz que la lumbrera oscurecida del dia derramaba sobre la sangrienta escena.

Jesucristo chorreando sangre, y presa de grandes convulsiones, agitaba su cuerpo extenuado en el árbol de la cruz, y ora ponía una mirada tristísima en su Madre afligida, ora la ponía en el cielo con una expresion de resignacion infinita, ora la extendia tambien en torno suyo, y la fijaba en la ingrata ciudad que se veia á sus piés. Entonces considerando su enorme crimen, y teniendo presente el triste porvenir que le aguardaba por su ini-

quidad, escapábase de los labios del Salvador un gemido profundo, y una lágrima mojaba sus ojos débiles, y oscurecidos ya.

¡Ay! hubiera querido perdonar á Jerusalem, pero la ciudad deicida, léjos de convertirse, léjos de reconocer su pecado, habia de endurecerse en la maldad, y esto era lo que tan profundamente afligia el Corazon divino del Redentor. ¿No moria para salvar á todos los hombres? Pues ¿por qué no habian de querer salvarse los que le causaban la muerte? ¡Ah! ¡cuán cruel, cuán dolorosa debia ser esta consideracion para aquel pecho tan ardientemente enamorado de los hombres; para aquel pecho que moria por amor; para aquel pecho al cual el amor arrojaba á los brazos de tan terrible agonía!

La sangre divina derramada por todos, ¡haberse de perder para aquel pueblo, que hasta entonces habia sido el escogido; para aquel pueblo que eligiera Dios al objeto de nacer de él, y no solo perderse, sino tambien ser un nuevo motivo de reprobacion! ¡Oh! ¡No hay duda que esta consideracion debia afligir mucho mas el pecho de Jesucristo, de lo que le atormentaban los martirios que estaba sufriendo!

Y mientras que Jesucristo estaba llorando por los destinos y por el pecado de Jerusalem, sus rabiosos enemigos se complacian en insultarle, en mofarse de sus martirios, en hacer burla de su dolor infinito.

¡Oh rabia, ó desenfreno de los hombres!...

Y María afligidísima lo estaba oyendo, y sus ojos eran un mar de lágrimas, y su pecho un mar de dolores: ella escuchaba las desenfrenadas lenguas de los hebreos insultando á su divino Hijo; ella ponía en Jesús su mirada compasiva, y viendo sus ojos llenos de lágrimas, suspiraba con

afán, procuraba calmar su pena con la compasion que sentia, y verter sobre el divino pecho lacerado una gota de bálsamo, rogándole por los mortales que tanto la hacian padecer.

Cuadro tierno por demás era el que se representaba en la cruz redentora y al pié de ella. Aquellos dos seres perfectos; aquellas dos almas sin hiel; aquellos dos corazones animados y vivificados por el amor, rogando por los hombres, y llorando por la desventurada suerte que aguardaba á los autores frenéticos de su indescriptible martirio!...

Y mientras que este cuadro se representaba en la cruz, y al pié de ella, allí cerca se hallaban Onkelos, Anás, Caifás, Eleazar, y algunos de los mas audaces y atrevidos del Sanhedrin.

—¡Oh!—decia Onkelos frenético de alegría; de una alegría particular que inspiraba miedo;— ¡ha caido ya! Podemos respirar tranquilos; mis ojos han visto lo que tanto deseaba mi alma, y es tanto el regocijo que siento, que ya no me importa morir; y es tanto lo que deseaba que llegara este momento, que lo veo y me parece imposible!

Y con el mismo frenesí dirigiéndose al maldito Anás, que estaba rojo como una amapola, y que sonreia como un diablo, le dijo:

—Anás, dime que no sueño; dime que el que miro en esa infamante cruz es el Nazareno; dime que ya nada tendríamos que temer de él porque le hemos conducido al suplicio de los ladrones; dime... sí, dime que ahora podremos despedazarnos todos; derramar la ira que nos profesamos mutuamente, y conmover la nacion hasta que tu partido ó mi partido sean los únicos que dominen en Is-

rael... Tú caerás ó caeré yo... ó caeremos los dos, pero eso ¿qué importa? Díme que no sueño, díme que ese ajusticiado es el Nazareno, y aun te daré un abrazo, aun aplazare á mañana la explosion del odio con que te aborrezco... Mas ¿quién piensa ahora en eso? Ese que tenemos delante ¿no es el Nazareno? Venid, hagámosle apurar la copa de los tormentos; venid, nos reiremos mientras él suspira; venid, procuraremos remedar sus contorsiones, y soltar la carcajada cuando exhale el suspiro mas profundo... Onkelos, esa es tu obra; mira, mira al maldito Nazareno; mírale las manos y los piés taladrados con tres clavos; mírale con la cabeza coronada de espinas; mírale con el cuerpo destrozado y la carne hecha girones; mírale vertiendo sangre como si fuera un manantial de ella; mírale sufriendo y agitándose; mírale, Onkelos, porque esa es tu obra!... ¡Oh! ¡cuán dulce es el placer de la venganza!...

Y diciendo esto suspiró, mas su suspiro era al parecer un aullido ronco de fiera encerrada y que busca por donde escapar.

Luego colocándose en frente del divino Nazareno, cruzóse de brazos, abrió desmesuradamente los ojos; dejó vagar por sus labios una sonrisa horrenda, y agitando la cabeza de un lado á otro se mantuvo por largo rato haciendo contorsiones grotescas, y buscando palabras en su inteligencia, que esta no sabia ó no acertaba á proporcionarle.

El pueblo, los sacerdotes y los miembros del Sanhedrin contemplaban á Onkelos con atonismo; ellos creian que el fariseo era un malvado, pero jamás ninguno llegara á suponer que la maldad le hiciera enloquecer de aquella manera.

Esto sin embargo, muchos hubo que se propusieron imi-

tarle, y para estos el discípulo de Hillel era un héroe, era un modelo digno de mejor destino; digno de toda consideracion, de todo amor, de toda estimacion, honor y aprecio.

Uno de estos fue Eleazar, y tal vez Anás y Caifás le miraron tambien con envidia, porque en aquel drama sangriento eran consideradas mas heroicas las acciones, cuanto eran mas despreciables, mas bajas, mas denigrantes é indignas.

El espíritu maldito jugaba allí á placer, y movia todas las piezas de aquel cuadro segun era su gusto y su capricho. El Redentor moria enclavado en una cruz; el Criador del mundo iba á espirar en un patíbulo, conducido allí y condenado á morir por sus ingratas criaturas, y los hombres que intervinieran en esta causa infinitamente malvada, descendiendo de su noble altura humana, se arrastraban por el lodo de la indignidad, como no pudiera hacerlo mejor un reptil ó un gusano de muladar.

A la verdad Satanás debia estar en cierta manera complacido, porque Onkelos que le secundaba era un dignísimo instrumento del diablo; era la cabeza maldita de aquella escena de horror y de espanto; de aquella escena la mas horrenda, la mas infame, la mas espantosa que ha provocado el infierno, han contemplado los siglos, y pueden ejecutar los hombres.

Onkelos, que seguia desempeñando su papel infernal, halló por fin en su lengua las blasfemias que buscaba en su mente, y formalizándose de improviso, extendió su brazo hácia el divino Mártir, y con un grito que parecia un aullido de fiera rabiosa, dijo:

—Por fin el fariseo ha podido mas que el Nazareno; yo te habia jurado una guerra de exterminio; yo habia ju-

rado por la sangre de mi padre devolverte martirio por reprension, ignominia por afrenta. Yo no sosegaba, yo no dormia, yo pensaba siempre en este momento, y al considerar que podia mi venganza escaparse de mis manos, me retorcia y me revolcaba, y pensaba suicidarme... Por fin mis anhelos han llegado á su colmo; Nazareno, ya te tengo enclavado en una cruz afrentosa como si fueras un ladron, como si fueras un bandido, como si fueras un asesino implacable: contempla cuánta será mi alegría, por el odio que te profesaba; considera cuánto deberá ser el odio con que te abominaba, por los frenéticos extremos de alegría á que me entrego, mirándote agitarte como un perro rabioso en esa afrentosa cruz que te he preparado... ¡Oh! ¡si supieras tú cuánto siento no poder rodearte de mayores tormentos! si supieras tú cuánto siento no poder ser Dios para darte de nuevo la vida, á fin de poder atormentarte de nuevo con una nueva muerte mas cruel que la que sufres!... ¡Oh! ¡si supieras tú cuánto siento no tener mejor inteligencia, para depararte aun ahora nuevos y crueles tormentos!... Pero ya que esto no es posible, no me retiraré de este lugar hasta ver como has espirado, y hasta entonces me verás riendo aquí; me tendrás delante de tus ojos; contemplarás por fuerza la alegría de Onkelos, tu enemigo, y cuando hayas espirado, entonces podrás decir al Dios que asegurabas haberte enviado, que en la tierra hay hombres como Onkelos que pueden mas que los dioses como tú.

En llegando aquí, tales fueron la rabia, y el coraje, y la diabólica alegría que dominaron á Onkelos, que de improviso faltóle la palabra, porque la voz se le habia anudado en la garganta... Tartamudeó algunas frases incoherentes, algunas sílabas inarticuladas, algunos sonidos sin

expresion y sin sentido, y luego se detuvo de pronto en vista de su imposibilidad.

El odio que llenaba su corazon era muy grande, pero su inteligencia y su lengua no llegaban á la altura de la rabiosa pasion que le dominaba; por eso se anudaron las palabras en su garganta; por eso ni su lengua ni su inteligencia supieron expresar lo que su corazon sentia, y se detuvieron de improviso.

Y viendo el maldito fariseo que por este terreno no podia desfogar su ira insaciable, con una rapidez increíble cambió de tono, buscó otra idea, puso un nuevo aspecto, y con acento burlesco y medio satírico, dirigiéndose al divino Salvador le dijo:

— ¡Hola! ¿No eres tú el que destruyes el templo del Señor, y le reedificas en tres dias? ¿No eres tú tan poderoso, que te proponias realizar tan asombrosa maravilla, para que la gente creyera en tí? Aprovecha ese poder que te asiste, para hacer uso de él en tu favor; sálvate á tí mismo, no seas necio; no quieras morir como un perro, cuando están en tu mano la salud y la vida!

Y en una actitud grotesca esperó algunos momentos, cual si con ellos quisiera dar tiempo á Jesucristo para hacer lo que le indicaba. Estos momentos trascurridos, plégose de brazos, volvióse hácia sus compañeros de crimen, y con voz y tono gangosos, dijo:

— ¡Je! ¡je! El Nazareno es bastante necio para no aprovecharse del poder que Dios le ha concedido!... ¡Cómo ha de ser!... ¡Je! ¡je! yo no tendria ni tanta paciencia, ni tanta virtud como tiene él...

Eleazar, que como hemos dicho, le miraba con admiracion y con envidia; Eleazar que no odiaba menos á Cristo de lo que le odiaba Onkelos; Eleazar vanidoso como to-

dos los necios, y envidioso como todos los malvados; Eleazar locuaz y fácil como las mujerzuelas, que se hallaba cansado de no hablar, y deseaba por otra parte representar un papel, á su modo de ver, importante y trascendental; viendo que Onkelos enmudecía por fin, adelantóse con gran placer algunos pasos, y estendiendo su brazo hácia Jesucristo, cual si deseara llamarle la atención, con un tono que era perfecto remedo del que empleara el fariseo la última vez, gritó:

— ¡Eh! ¡tú!... ¿No has dicho muchas veces que eras el Hijo de Dios? Pues si lo eres baja por tí mismo de la cruz, cosa que te será por cierto sumamente fácil.

Y procurando imitar todo lo posible á Onkelos, esperó también un instante, y luego volviéndose hácia los suyos, encogióse grotescamente de hombros dos ó tres veces, y por fin dijo:

— ¡Je! ¡je! ¡je!... Preciso es que su empeño de morir sea muy grande, porque de no ser así, parece imposible que siendo el Hijo de Dios, no tenga poder para librarse de los tormentos que le agobian, y de la inevitable muerte que les seguirá!... El Hijo de Dios inmortal, ¡je! ¡je! ¡je!... no tiene poder para evitar la muerte que los hombres mortales le dan!... ¡Cómo ha de ser! ¡Es un Dios bien extraño el Padre del Crucificado!... ¡Je! ¡je! ¡je!...

Un tumulto empezó á promoverse en la cima del Calvario, y en los pendientes de la montaña. Hasta entonces nadie hablara, pero desde que Onkelos empezó á hacerlo, y le siguió Eleazar, todos los enemigos del Cristo gritaban, todos á la vez le llenaban de insultos, todos se mofaban de su incalculable tormento, y de su muerte tan heroica, que solo Dios podía llevarla á cabo dignamente.

Anás y Caifás que hasta entonces permanecieran mudos

espectadores, porque esperaban un momento propicio para insultar y mofarse del Cristo, sin que hicieran lo que ellos llamaban un papel desairado; Anás y Caifás creyeron llegada en aquel momento la ocasión oportuna de sostener *su carácter*, y el primero dijo á los que le rodeaban, en voz alta, de modo que la oyera Jesucristo:

— ¡Cosa extraña y particular es lo que sucede con el Nazareno! ¡Ha salvado á otros de la muerte, y no puede librarse á sí mismo de la que le está amenazando!... ¿Habrá perdido la virtud su divinidad, ó el poder su magia?

Caifás creyendo llegada la hora de hablar, pues, acababa de hacerlo su maldito suegro, levantando la voz mas que este, y pronunciando mas la acentuación irónica, dijo:

— ¿No ha dicho innumerables veces que él era el Mesías, que él era el Rey de Israel, el elegido de Jehová?... Pues, si tales y tan sagrados caracteres le asisten, que baje de la cruz, y entonces no pudiendo resistir nosotros á la evidencia creeremos en él, y le pediremos humildemente perdon.

Y Caifás miró primero al Cristo con una mirada insultante, provocadora, llena de complacencia... y paseó después esta mirada por entre los que le rodeaban.

Estos recibieron con aplauso la infame blasfemia del gran pontífice, y los mas cínicos y los mas serviles de entre ellos, adelantando algunos pasos, situáronse al pié de la cruz, y gritando de una manera ronca y estentórea, decían al divino Salvador, presa de las angustias mas atroces, mas incalificables:

— ¡Eh! ¡tú que te proclamas por el Mesías, baja de la cruz y creeremos en tí!

Jesucristo con gran fatiga, y experimentando dolores atrocísimos, levantó débilmente la cabeza, y puso los ojos

tristemente en el cielo, como si pidiera al Altísimo una gota de bálsamo para endulzar tantos tormentos y tantos dolores.

Los infames judíos creyeron ver en el resignado ademán de Jesucristo un acto de desesperación, y juzgándolo así, sus endurecidos corazones experimentaron una complacencia infernal, y se propusieron continuar aquella indigna escena, por lo mismo que suponían aumentaba los tormentos del Salvador.

Onkelos frenético gritó entonces, dirigiéndose aparentemente á los doctores, pero hablando en realidad con Jesucristo:

—¿No es él quien confía en su Dios? Pues veamos ahora qué poder tienen ese Dios y la confianza que en Él tiene. Si le ama, ya que el Nazareno no puede librarse por sí mismo, que venga y le libre la divinidad que predicaba.

—¡No has dicho también, miserable!—gaturó Eleazar dirigiendo su palabra á Jesucristo;—¿no has dicho que tú eres el Hijo de Dios? Cuando tu Padre no viene á librarte, cuando no se venga de nosotros, es señal de que por trastornador te arrojó del cielo, ó de que su poderío es muy pobre, puesto que no alcanza á lo que ha llegado el nuestro...

Y así unos y otros en procesión infernal desfilaban por delante de la redentora cruz, y todos se deshacían en diatribas, en palabrotas, en insultos groseros y repugnantes, y en horrendas blasfemias contra el Altísimo y contra el Redentor del mundo, que gemía y suspiraba, que hubiera deseado abrazar á todos sus verdugos, para encender en sus corazones una chispa de amor de Dios, y de arrepentimiento.

María la desolada Madre, Juan el fiel discípulo, y las

santas compañeras de la Virgen de los dolores, agrupábanse temblorosas al pie de la cruz, y mientras algunas gotas de divina sangre caían sobre ellas, y mientras los hombres malvados insultaban el amor infinito de todo un Dios, y el inmenso sacrificio del Hijo del Eterno, ellas formaban allí como una barrera de amor y de abnegación; ellas testificaban al Dios moribundo que no de todos se veía abandonado, que no de todos se veía ofendido, sino que aun quedaban almas en la tierra que le plañían, que sentían sus dolores, que lloraban sus tormentos, que hubieran querido morir para evitarle uno de aquellos martirios ó uno de aquellos insultos.

¡Ah! ¿había de ser el Redentor divino de tan triste condición, que le faltara una lágrima arrancada por la piedad; que le faltara un corazón que se hallase oprimido por sus martirios, cuando esta lágrima, y este corazón no faltan nunca á los seres más criminales?

María la infortunada Madre era el espíritu que sufría más; en su pecho se clavaban los insultos de los enemigos del Cristo como agudas espadas, y le dejaban despedazado, pero si su pena y su dolor son indecibles, indecibles también son su constancia y su resignación.

Pálida, temblorosa, medio desfallecida hallábase abrazada al pie de la cruz, con los ojos tristemente fijos en su agonizante Hijo: allí mandaba sus gemidos al Redentor del mundo para decirle que no le abandonaría nunca; allí elevaba sus plegarias al Padre celestial, para suplicarle que perdonara á los verdugos del Salvador como los perdonaba ella; allí unía el sacrificio de su amor, al sacrificio que Jesucristo hacía de su vida para la salvación de los hombres, y cuando recordaba que de aquel sacrificio pendía esta salvación, bendecía las penas que desgarraban su

pecho, y solo sentia los pecados que se cometian, por ser ofensa grande contra el amor infinito del Señor.

Y los verdugos y los enemigos del Cristo continuaban en su odiosa y repugnante tarea de mofarse de los tormentos del Salvador, cuando este desde el madero en que estaba enclavado, con voz desmayada, tierna, dulce como un suspiro de amor, exclamó poniendo los ojos en el cielo.

— ¡Padre mio, perdónales porque ignoran lo que hacen!

Aquella exclamacion de imponderable amor fue recibida por los hombres con una carcajada estridente. Juzgaron la exclamacion enamorada del Cristo por un grito de despecho, ó por una bravata del que se ve insultado, y notando que no puede vengarse se hace el generoso, para devolver en cierta manera insulto por insulto.

Los soldados romanos, que hasta entonces permanecieran ajenos á las indignas escenas que se representaban en torno de la cruz, juzgaron ser aquella ocasion oportuna para divertirse y distraerse á costa de los judíos, y al efecto las mofas contra Cristo prosiguieron, y empezaron las mofas y los latentes insultos contra la nacion de Israel.

Tanta bajeza sobrepujaba ya los límites de lo imaginable, y entonces se presenció el cuadro de que los israelitas no dándose por entendidos de los apóstrofes de los soldados de Roma, se unieron con estos, para formar coro y mofar á Jesús.

Los insultos crecieron, duplicáronse las mofas, las blasfemias atronaban la atmósfera, estremecian el cielo, y llenaban de regocijo las cavernas infernales. En la cumbre del Gólgota parecia representarse una escena satánica, que mejor no podia ser ejecutada por Beelcebub y sus compañeros infernales. Jesucristo sufría, gemía su Madre, los

ángeles lloraban, blasfemaban los hombres, y Satanás reía!... ¿Quién será capaz de describir esta escena superior á las fuerzas y á la inteligencia humanas?

Pero el cuadro no era completo aun; todavía una parte de los seres que se hallaban en la montaña restaba por entrar directamente en escena: Jesucristo no solo debia verse mofado y burlado de los seres, que podemos llamar libres, sino tambien de otro ser, condenado á morir como él; de otro ser que como él tenia próxima una inevitable muerte.

Este ser era uno de los dos ladrones que con él fueron condenados á morir en una cruz y en un mismo dia; este ser era aquel ladron que ya en la infancia de Jesucristo quiso asesinarle y asesinar á sus santos padres, cuando para salvarle de las iras de Herodes, huian desolados á la tierra de Egipto; este ser bajo y rastrero, inveterado en el crimen, y que hiciera del crimen su elemento, era Gestas, quien se hallaba crucificado á la izquierda de Jesús.

¿Qué esperaba este ladron insultando la agonía y los tormentos del Salvador? Los insultos que dedicó á Cristo, ¿debían por ventura mitigarle los tormentos que le afligian? Las infames blasfemias que consagró al Redentor del mundo, ¿debían acaso salvarle la vida?... No. Entonces, pues, ¿qué esperaba Gestas?

¡Oh! nada podia esperar, y desatándose en mofas y haciendo coro con el diabólico y desenfrenado de soldados y judíos, solo podia obedecer al espíritu de crueldad que le animaba desde los dias de su infancia.

Una voz estentórea, seca, bronca, apagada; voz ingrata y desapacible se desprendió del lado izquierdo del Salvador. Aquella voz era la de Gestas, que decia al divino Crucificado:

—¿Por qué te predicabas por el Cristo ¡impostor! si no lo eres? Mas si lo eres, ¿por qué no te salvas á tí mismo, y á nosotros en tu compañía?

La Virgen Madre oyendo aquella voz, á la vez áspera y desmayada, olvidóse por un momento de su profunda amargura, para acordarse de una escena que se remontaba á los dias de la infancia del Salvador. Fijó sus ojos enrojecidos en el semblante de Gestas, y reconoció en él al que queria asesinar á Jesucristo, sin tener en cuenta que apenas contaba algunos dias.

María se estremeció, y volviendo los ojos hácia el otro ladron, reconoció á Dimas que les habia salvado; reconoció á Dimas, á quien hizo la promesa de acordarse de él cuando se hallara en el trance mas ápurado de su vida. Verdad es que este tomó la promesa que María le hiciera como una palabra sin valor, pero no obstante aceptóle el ofrecimiento, porque sintió hácia la sagrada Familia una atraccion indecible, inexplicable, indefinida.

La hora era llegada de cumplir con la palabra que habia empeñado, y poniendo en su Hijo divino una mirada suplicante, recordóle con el corazon el compromiso que tenia con Dimas; con Dimas, que despues de haberle salvado siendo niño, venia á morir con El siendo hombre.

Los ruegos de María fueron bastante poderosos, y Jesucristo se olvidó como su Madre de sus tormentos, para tocar el corazon de Dimas, y haciendo obrar en él poderosamente la gracia, inducirle á una perfecta contricion, por medio del reconocimiento de sus enormes pecados.

Gestas seguia insultando á Jesucristo y blasfemando de Dios, y aquellos insultos y estas blasfemias indignaron justamente á Dimas, quien volviéndose á su compañero,

esforzó la voz para ser oido de él y de los malvados ju-
díos, y dijo:

—Gestas, ¿ni en este momento supremo temes á Dios, tú que vas á espirar como El en el mismo martirio? Este martirio que para nosotros es una justicia merecida, á causa de nuestros enormes delitos, no lo merece El de ninguna manera, puesto que no es reo de ningun crimen; puesto que es la misma inocencia.

Gestas calló mordiéndose los labios; callaron tambien los enemigos del Señor por unos momentos, impresionados por la confesion que Dimas acababa de hacer, y este con tono contrito y suplicante, dirigiéndose al Señor, le dijo:

—Acordaos de mí, Señor, cuando os halleis en vuestro reino. Ya sé que soy indigno de la memoria que os suplico, pero vuestra bondad es infinita, y vos podeis perdonarme.

¿Qué se necesitaba mas para ir al cielo? Un acto de verdadera contricion acababa Dimas de hacer, gracias á las súplicas de María. Dichoso el criminal que en aquel momento supremo confiesa sus culpas, sabe procurarse una verdadera contricion. ¡Ah! ¡cuántas veces este acto de contricion lo alcanzan tambien á los pecadores mas endu-
recidos las súplicas de la Madre de Dios!

María habia cumplido la palabra que empeñara treinta y tres años antes con un ladron desconocido, y Jesucristo haciendo suya la palabra de su Madre, volvióse hácia Dimas, y con la voz solemne y tierna, pero sumamente desfallecida, díjole:

—En verdad te digo que hoy mismo te hallarás conmigo en el paraíso.

• Dos lágrimas se escaparon de los ojos de Dimas, el cual poniéndolos con amor y gratitud en la desolada María, re-

conoció en ella, por permision de Dios, á la mujer que treinta años antes le prometiera auxiliarle en el trance mas apurado de su vida.

Entonces reconoció la bondad inagotable de la Madre de pecadores, é inclinando un poco la cabeza, puso en ella los ojos suplicantes y á la vez agradecidos, cual si le pidiera resignacion en la tremenda y cruel agonía que le asaltaba ya.

CAPITULO V.

El último suspiro.

La luz del sol iba oscureciéndose por grados. La naturaleza toda parecia participar de la agonía de su divino Hacedor; parecia compadecerse de Aquel que los hombres habian hecho el *Hombre de los dolores*.

Los malvados judíos continuaban desatándose en injurias contra el Redentor agonizante, y á muchos de ellos les pesaba que la agonía se precipitara tan ostensiblemente, porque sentian que dejara de padecer Jesús al que abominaban tanto.

Pero hemos dicho que no todos los hombres estaban contra Jesucristo, sino que aun le quedaban algunas almas fieles hasta la muerte. Estas almas desafiando las iras de una plebe inmunda, se aglomeraban al pié de la cruz, para dar con su compasion un pequeño alivio al Salvador, y

para fortalecerse las unas á las otras en la fe, por medio del mútuo ejemplo.

Estas almas piadosas eran unas mujeres, á las cuales se hallaba unido un jóven de veinte y cuatro años, pálido y místico como una flor marchita. Este jóven debia ser la encarnacion de toda la humanidad; este jóven debia ser el sosten y el apoyo de María en este mundo; este jóven tan adieto á Jesús, tan amante de su Madre santísima, y tan querido del Salvador y de la Virgen de los dolores, era el tierno, era el puro y virginal Juan el Evangelista.

La hora habia llegado para Jesucristo de hacer el testamento de amor. Los hombres le hacian morir en un afrentoso patíbulo, cargado de martirios y de tormentos, pero no por eso dejaba de amar á los hombres con el mismo ardor su divino corazon, y para demostrárselo, iba á dejarles por Madre á la Mujer purísima y afligida que le llevara en sus virginales entrañas.

Despues del corazon de Jesús, ¿qué otro corazon fuera el de María, podia amar tanto como se necesitaba á la estraviada humanidad? Los pobres corazones de los pecadores, enfriados por el pecado y por la abominacion, ¿dónde podian ir á buscar el fuego que les enardeciera en el amor divino, sino en el corazon de una Madre, que lo fuera de Jesús por la naturaleza y la gracia, y de los mortales por el dolor y por la mas indefinible y grande generosidad?

Cuando la Virgen afligida, en el acto de despedirse de su divino Hijo, le rogaba que permitiese no sobrevivirle, Jesucristo le contestó que sus destinos eran grandes en la tierra, y que los hombres necesitaban una Madre. María recordó en aquel momento la indicacion que la hiciera Cristo, y su purísimo corazon atribulado por las angustias, no pensaba mas que en sacrificarse por amor á los